

EL ESCANDALO

UNB
Universitat Autònoma de Barcelona
SEMANARIO

Se publica
los jueves
30 Céntimos

AÑO II

BARCELONA 6 DE FEBRERO DE 1926

NÚMERO 16



PEPITA FONTDEVILA

Esta chiquilla menuda y grácil va perfilando poco a poco, sin las antipáticas impaciencias de los precoces, su silueta artística. Va mariposeando por los distintos géneros teatrales, triunfando en todos y sin decidirse a quedarse en ninguno de ellos. Arte y juventud. Total: inquietud. Ahora ha triunfado en el Tivoli, como tiple cómica, en "La Marieta de l'ull viu". Ha triunfado esplendorosa y legítimamente, como triunfará en todo por el imperio de su arte, de su belleza, de su gracia y de su juventud. Hasta que llegue el día de su triunfo definitivo, esto es, hasta que ocupe el puesto que en el teatro le está reservado y al que no se le ha ocurrido todavía aspirar. Pepita Fontdevila es una "ingénua", como hay pocas. La comedia le está llamando a gritos

Del homenaje a Nogales

EL ESCRITOR

Fui compañero y amigo de Nogales, y uno de los episodios más interesantes de mi pasado es haber vivido con él en Toledo, durante varios días, en intimidad fraternal. Nogales había ido a la histórica ciudad impulsado por sus gustos de artista, poseedor de un asombroso talento de observación; yo preparaba en aquel entonces "La catedral" y hacía estudios de ambiente para dicha novela. Tratándonos a todas horas nos conocimos más en aquellos días que al vernos luego en Madrid durante varios años.

Admiro a Nogales como uno de los mejores cuentistas de la literatura española. Tal vez no se encuentre uno que le supere sus descripciones del campo. Fué un sensualista, un voluptuoso de la tierra; las cosas inanimadas en apariencia adquirían nueva vida latente y visible al conjuro de su panteísmo estético. Otros vemos el ambiente con nuestros ojos y lo copiamos en forma de líneas y colores; él añadía a la visión el tacto y el olfato, haciendo sentir al lector el roce de cada cosa, especialmente su perfume.

Después de transcurridos tantos años he olvidado el título de un cuento suyo publicado en la última época de su existencia; pero recordaré siempre la fuerza plástica de Nogales al describir un paisaje de Andalucía; los olores silvestres que se desprendían de su prosa pictórica, un hábito azucarado de colmena, de saviyas vegetales, que ahora vuelve de nuevo a mi olfato al evocar esta lejanísima lectura.

En España—país de novelistas que venera a una novela como la más grande de sus obras maestras—, Nogales merece nuestro homenaje, y ocupa lugar aparte en la historia literaria como artista de la descripción, poseedor de una verdadera magia evocativa.

Además de gran escritor fué un hombre, un verdadero hombre, en la más noble y alta acepción de dicho término. Nunca creyó que el artista debe mantenerse alejado de las ideas y de las luchas que interesan a su país. Una comunidad de fervores políticos y sociales nos unía a los dos tanto como los gustos literarios. De carácter modesto y con una timidez que sólo

ACLARACION

Por causas ajenas a nuestra voluntad, nos hemos visto obligados a aplazar dos días la salida del presente número de EL ESCANDALO.

El lector sabrá hacerse cargo de las cosas y quedará disculpados.

le permitía ser verboso en la intimidad, no osó nunca intervenir en las agitaciones populares; mas siempre fué republicano y siempre escribió en periódicos defensores del régimen democrático.

Podía llamarse patriota porque le interesaba el porvenir de su patria, no haciendo con esto más que seguir el ejemplo de todos los genios literarios de los países latinos, desde el Dante hasta Lamartine y Víctor Hugo, artistas de ensueño, cazadores de nobles quimeras en sus horas de soledad laboriosa, apóstoles populares en otros momentos para dar a sus conciudadanos la mayor suma posible de libertad, de bienestar y de justicia.

El escritor tiene derecho a que su país le respete y admire su obra; pero pesa igualmente sobre él la obligación de interesarse por la vida del mismo país, de compartir sus dolores, fomentar sus entusiasmos, no mantenerse aislado por efecto de una pueril vanidad, creyéndose de esencia superior a los demás, ocultándose como doncella quebradiza en la famosa "torre de marfil".

Novelistas y poetas no deben ser una especie de flautistas que se ejercitan, lejos de la muchedumbre, ejecutando escalas y trinos, admirándose entre ellos por las agilitades de una habilidad muchas veces mecánica, que no envuelve ninguna idea. Desde los siglos más remotos, el poeta, el artista literario, fué el "vate", el "vidente", el exaltado que, puestos los ojos en el porvenir, lo pobló de generosas ilusiones, alegrando con ellas la vida interna de las multitudes, mostrando, como una estrella roja clavada en el ébano de la noche, la quimera de hoy, que acaba por transformarse en la victoria de mañana.

¡Adiós, maestro Nogales! Los jóvenes que para aprender a escribir estudiarán tus maravillosas descripciones, deben imitar igualmente tu vida modesta silenciosa, siempre rectilínea, orientada hacia un ideal, pronta a servir al inmenso grupo de seres que seguían contigo la misma avenida de la vida.

VICENTE BLASCO IBAÑEZ.

El ilustre novelista D. Vicente Blasco Ibañez ha enviado a "El Liberal", de Madrid, esta magnífica carta, que nos complacemos en reproducir, adhiriéndonos al homenaje tributado al gran cuentista José Nogales, autor de "Las tres cosas del tío Juan".

El raid trasatlántico

Las pintorescas ocurrencias de la prensa extranjera con motivo de la hazaña de Franco

Por la hazaña de Franco el nombre de España suena hoy en todo el mundo. El raid trasatlántico es algo epopéyico. En esta época de cobardías y de pancismo, esa gesta heroica merece entusiasmas glorificaciones. Es un ejemplo viril. Es una lección de energía. Es una acción macho.

No se ha hecho nuestro periódico para el elogio de muchas cosas. Creemos que la misión de la juventud ha de ser siempre de destrucción de los falsos valores que le deja la generación anterior. Ya le llegará el tiempo de construir. Pero su misión no es otra que la de combatir.

Claro que se encuentra uno ante acciones como la de Franco y el mecánico Rada—las dos figuras de primera fila—y de sus compañeros Ruiz y Durán, y no hay otro remedio que elogiar y que aplaudir. Y a gusto...

Y después de expresada sincera y francamente nuestra satisfacción por el éxito del raid de nuestros paisanos, con el permiso de ustedes—nosotros lo tenemos, muchas gracias—vamos a entrar en el terreno de la eutrapelia, que es nuestro terreno, aquel donde con más soltura y mayor desembarazo nos producimos.

Vamos a echar una mirada a la Prensa extranjera, porque resulta muy curioso saber qué efecto ha producido en el mundo la hazaña de esos aventureros españoles.

Y veremos cosas pintorescas. Nuestro país sigue siendo



EMILIA VIDALI

Bella actriz cinematográfica argentina a quien, a partir del domingo, vamos a ver, en la pantalla y al propio tiempo en carne y hueso, en el Principal Palace. Intérprete de un film típico, "¡Galleguita!", que ha sido proyectado en toda Sudamérica, lo comenta personalmente con una serie de hermosos tangos y canciones de la tierra del Plata. Hasta ahora, primero el cursi Spaventa y luego el regordete Gardel, fueron las señoras las que gozaron de suerte. ¡Alguna vez habíamos de salir favorecidos los moros!

una incógnita para el resto del mundo. Lo nuestro sigue mirándose a través del prisma de la incompreensión. No nos conocen y además parece que no nos quieren conocer. Se habla de España como si no existiera en una realidad distante varios centenares de kilómetros o de millas.

Las periódicos ingleses acaso constituyen en este caso una excepción. Han dedicado poco espacio a la reseña del desarrollo del raid trasatlántico, pero han publicado informes justos, precisos, sin más tacha que los indispensables errores en la transcripción de los nombres. No se han entusiasmado. No se han exaltado.

Los franceses se han soltado el pelo. "Le Journal des Débats" en un suelto de ocho líneas atribuye a "Sacadura Kabrol", que se llama realmente Sacadura Cabral, y a Gago Continho la hazaña de cruzar el Atlántico desde Palos a Pernambuco. La "Petite Gironde" habla de Franco "y de su compañero Colón", a quien nosotros —¿y ustedes?—teníamos por difunto y que tenemos la leve sospecha de carácter histórico de que fué a América antes que Franco... ¡Y antes de que fuera América!

Pues no hablemos del "Corriere della Sera" que asegura formalmente que los aviadores iban provistos de su correspondiente "bañador"...

Claro que esto no se puede evitar. Sería tanto como pedir una cultura enciclopédica a todos los periodistas y hay que conformarse con lo que buenamente circule...

Además, no podemos echar a nadie en cara inexactitudes, errores, y desconocimiento de cosas rudimentarias.

Hace varios días un periódico barcelonés de la noche afirmaba que el yate de turismo "Meteor" venía de Noruega, Inglaterra, SUIZA, Cádiz y Gibraltar.

Eso de que un barco venga de Suiza, es algo parecido a lo de que Colón acompaña a Franco. Un imposible.

Pero aunque tengamos el tejado de vidrio, cuando se presenta ocasión de apedrear al del vecino hay que aprovecharla. Y ya puestos, aludamos al "Petit Parisien", que publica el retrato del ex ministro y futuro qué sabe Dios qué don Juan de Lacierva, como inventor del auto-giro ideado por su hijo.

¿Seguimos? ¿Para qué? Para muestra hay bastante con estos botones.

LOS HOMBRES Y LAS COSAS

Prestigios de Oropei

BAROJA, EL FARSANTE

Declaramos—por un deseo incoercible de estar a bien con nuestra conciencia—que no podemos leer con paciencia a Pío Baroja. Júzguese, por consiguiente, de nuestra tortura al habernos visto forzados a leer toda su enorme—enorme en el sentido longitudinal y abrumador—labor literaria.

La "posse", la insinceridad, la careta histriónica con que Baroja encubre su tragedia de burgués inútil, para hacer frente a la vida, si no es con artificios de farsante, nos ha producido siempre un sentimiento en el que se mezclaban por igual la irritación y el asco.

Durante un cuarto de siglo, ese vasco sin ninguna cualidad racial, ha venido engañando a las gentes que se ocupan de estas cuestiones de las letras, presentándose ante ellas con vitola de ruso trasplantado y enfurecido gesto de traganíños, al que hay que consentir, por miedo, todas las patochadas y desplantes. El vulgo letrado, que nunca ha entendido más que a medias la falsa y desarticulada producción barojiana, encontraba más fácil que confesar esta ignorancia, fingir una mentida admiración.

—¿Baroja?—decían—. ¡Ah, sí, vaya un tío!...

Pero en realidad, son pocos los que han leído a Baroja, y menos los que lo han entendido. La extraordinaria extensión de la labor de este médico frustrado, que es Baroja, ha contribuido en gran parte a mantener la ficción de un Baroja gran literato, novelista de enjundia y de original vena, que en realidad nunca ha existido. Razonemos esta afirmación.

Nadie que no tenga una sensibilidad de hormigón armado y un gusto literario depravado por todas las bazofias que ahora se sirven en los mercados del libro, ha podido aguantar, soportar la lectura de más de tres o cuatro novelas de nuestro autor. Naturalmente, esta lectura produce siempre en el ánimo del lector una impresión deplorable. Pero, a fuerza de haber oído jalear a aquel autor aburrido y árido, cuya lectura le ha dejado un regusto de hierba seca, el infeliz que tuvo la mala ocurrencia de leerlo, piensa que se equivocó al elegir, y cree de mejor o peor buena fe, que las obras notables de Baroja, las que acreditan a su autor de novelista excelso y de Dostoievski de esta época, son las otras novelas que él no ha leído. Por esto, cuando le hablan de Baroja, no se atreve a exponer secamente la impresión personal, directa, que sacó de sus libros, sino que exclama también, con timidez y con mentira:

—¡Ah, sí, Baroja! ¡Vaya un tío, escribiendo!

Pero en manera alguna se arriesgan nuevamente por la enmarañada selva de la obra barojiana, a constatar con nuevas lecturas el valor literario que se le atribuye.

Para mantener esta ficción y hacer pasar una labor literaria negativa por aquilatada y selecta, Baroja se ha convertido en un mixtificador. Toda su vida está consagrada a esta comedia que ha de continuar su leyenda de Tchecof disfrazado.

Pocos hombres como Baroja, tan mercederos de verse paseados por la calle en pelota, de que se les exponga en cuero vivos en la plaza pública, de ser juzgados por un sanguinario Santo Oficio, por embustador y por farsante.

A pesar del cuidadoso celo que pone en toda su vida, para que se ajuste a la pauta histriónica que se tiene trazada, tal cual acto que se escapa a esta norma, espontáneo, deshace la leyenda ridícula de fantasmón, misántropo, misógino y no sé cuántas cosas más, que con un deseo de acentuar su personalidad mediocre con la extravagancia, se atribuye a sí mismo.

Así, Baroja, que pugna por aparecerse como absorbido por preocupaciones intelectualistas y avideces filosóficas, funda un día una Editorial, al frente de la cual pone a un cuñado suyo —Caro Raggio—, y no son los libros de los hombres devorados por las ansias ideales que él finge los que edita, sino baja labor de escritores pornográficos, libros de un erotismo industrial que nada de común tienen con la cultura, ni con los anhelos superiores del espíritu.

Otro día, Baroja, manda a los periódicos de la corte fragmentos de su libro "La caverna del humorismo", para que sirvan de reclamo al volumen, a la sazón recién publicado.

Se editaba entonces en Madrid "La Internacional", un semanario comunista que dirigía Núñez Arenas. Este, que además de un buen periodista, es excelente persona, acogió sin reservas el capítulo del libro que le enviaba Baroja, y lo envió a las cajas. Pero, días después, Núñez Arenas, fué denunciado por el fiscal, que vio en el trozo de prosa—¿prosa?—de Baroja, ciertas frases injuriosas para la Corona.

Cualquiera pensaría que Baroja se apresuró a sacar a Núñez Arenas del compromiso en que lo había puesto. Pues, no. Al principio se hizo el "sueco". Después, requerido por el juez, a indicaciones del director de "La Internacional", negó rotundamente que hubiera enviado aquel fragmento de su libro al periódico procesado, y declinó toda responsabilidad.

Su comportamiento, como puede verse, fué digno de su heroico, espartano.

Baroja, no obstante su horafía, sus gestos de misántropo y el olímpico desprecio que finge a las cosas humanas, ha dedicado su actividad a las ocupaciones más antiespirituales, y ha aspirado a cosas que constituyen la aspiración máxima de un tendero de barrio. Digámoslo claro: ha sido panadero y ha aspirado a concejal.

Durante cerca de diez años ha explotado con provecho, y suponemos que con honra, una acreditada panadería madrileña.

Su experiencia de panadero no le ha servido, sin embargo, gran cosa para los menesteres literarios, con los que simultaneaba su vida de industrial, ya que el pan es una cosa coherente, substancial, armónica, y su obra literaria refina todas estas cualidades, sólo que al revés.

En "Juventud, egolatría", Baroja habla profusamente de su vida de tahonero, y en cierto modo pretende darle una justificación filosófica. Habla también del proceder arbitrario que con Baroja industrial, observaron las autoridades municipales y gubernativas, para terminar diciendo que le hicieron varias canalladas. "Otras tantas—añade—podría contar de los obreros.

Baroja, claro es, puede decir de los obreros, lo que quiera. Sólo que para creerlo sería preciso oír lo que los obreros que trabajaron a las órdenes del ilustre novelista, cuentan de éste. Yo conocí uno en Madrid, y no eran precisamente madrigales lo que entonaba.

En otro de sus libros—creo que es también "Juventud, egolatría", habla de cuando se presentó a concejal en Madrid, como candidato republicano, y quiere convertir en poco menos que una epopeya su gesto, al retirarse de la elección uno o dos días antes de que se celebrara. Lo que no cuenta es que si se apartó de la lucha fué porque tenía pocas o ninguna probabilidad de triunfar.

Baroja no se puede, no se debe incomodar por la violencia de nuestros ataques. Pocos tan irrespetuosos e idiotamente agresivos como él. Con preferencia, sus agresiones, de inaudita violencia, van dirigidas a los muertos. Padece necrofilia. En cuanto se encara con la memoria de un muerto ilustre, se transfigura, adopta un gesto terrible, y exclama:

—¡Dejadme que me lo coma "vivo".

Prueba elocuente de esta iracundia suya contra los hombres que dejaron una obra más humana y consistente que su desdichada labor, son éstos terribles juicios.

"Haubert, un animal de pata pesada".

"Daudet, insoportable con su vitola de comiquillo".

"Los Gouncourt, de una insignificancia que a veces llega a la imbecilidad".

A pesar de estas violencias, Baroja se suele incomodar cuando a él le dicen lindexas por el estilo. El día en que un crítico le dijo "grosero buey vasco", tomó un berrenchín.

Otro día hablaremos de Baroja literato. Su obra, tan falsa y en el fondo, tan pueril, está pidiendo a voces que se la analice sin el prejuicio de la amistad ni el compadrazgo.

A. MARTINEZ TOMAS.

MORDISQUES

Rara avis.

Ha muerto en los Estados Unidos un periodista que deja una fortuna de cuarenta millones de dólares.

Y no es esto lo peor.

Lo peor es que de esos cuarenta millones, veinticinco irán a parar a un Museo de Arte.

Absurdo, tres veces absurdo.

Esa fortuna debió pasar íntegra a un Museo de curiosidades para que se asombren las generaciones futuras.

¡Ahí es saber que ha habido en el mundo un periodista que ha muerto millonario!

¡Ni que fuese fabricante de jabones y agua de azahar!

✽

En París funciona hace ya tiempo una Escuela de optimistas.

En Inglaterra acaba de fundarse la Asociación de la alegría.

En España, pese a nuestra fama de jacafrados, no hay ninguna Asociación ni ninguna Escuela por el estilo.

Y es que entre nosotros, alegres y optimistas, sólo existen los políticos del antiguo régimen.

Que no se resignan a morir del todo.

Como puede atestiguarlo el autor de "Mis primeros ochenta años".

✽

"El periodista debe tener el espíritu de los viejos cruzados".

Esto dijo en reciente discurso el presidente del Club de Periodistas de Nueva York.

Y la frase ha hecho fortuna en Barcelona.

Sobre todo en la Redacción de "Las Noticias", donde el señor Pallardó, sintiéndose "cruzado", se pasa todas las horas del día y de la noche resolviendo problemas de palabras cruzadas.

Y así está el hombre cada vez más ágil, más diestro y más acometedor.

✽

Los estragos del feminismo.

Un fabricante de calzado ha hecho la sensacional declaración de que está aumentando el tamaño de los pies de las señoras de un modo notable.

Hay quien atribuye el fenómeno a los deportes.

Pero no falta quien asegure que el desarrollo excesivo de los pies se debe a un esfuerzo mental demasiado prolongado.

Todo podría ser.

Los pantalones del príncipe

LA MODA FRUSTRADA

La moda del pantalón con raya sacada a plancha, fué lanzada inconscientemente por el príncipe de Gales, que llegó a ser Rey de Inglaterra con el nombre de Eduardo VII.

Es muy conocida la histórica anécdota del príncipe estaba en una cacería en los alrededores de Londres y una zarza irrespetuosa se los destruyó de un modo irreparable. Un criado salió a uña de caballo—en automóvil hubiera tardado, entonces, más—y entró en el primer bazar a comprar un pantalón para su señor. Con la prisa al mercader se le olvidó quitarle la raya marcada por la presión en el paquete y el hijo de la Reina Victoria, árbitro de las elegancias europeas, sorprendió a los elegantes al verle entrar en Palacio con los pantalones planchados "al nuevo estilo". Al día siguiente, todo Londres, todo París a las cuarenta y ocho horas, y una semana más tarde el mundo entero que usaba pantalones largos, llevaba éstos rigurosamente planchados. Se inventaron poco después aparatos para que el pantalón no perdiera la raya ni en las horas francas de servicio y los estudiantes y otros desheredados de la fortuna apelaron a colocarlos cuidadosamente doblados bajo la almohada durante la noche.

Pero el gentil Príncipe Eduardo no hizo como el Capitán Araña, pecado que acaba de cometer su nieto, el actual Príncipe de Gales después de haber introducido otra innovación en el estilo de los pantalones, que probablemente debe tener un origen parecido.

Sí, es muy posible que en los días pque el nieto de Eduardo VII anduvo recorriendo los que han de ser sus reales dominios, tuviera que salir precipitadamente del acorazado en que viajaba para una ceremonia y que con la premura apareciera vistiendo los acampanados pantalones de su uniforme de marino, motivo suficiente para que haya surgido esta moda, cuyas ventajas y desventajas aún se están discutiendo, pero que ya es moda pese a quien pese. Mas, el caso que cuando ya casi todos los elegantes se han resignado a perder la línea, estilizada en sugestivos grabados anunciadores de los más famosos sastres, hechos por los dibujantes más al tanto de esos mentecatos, surge una fotografía del Príncipe de los pantalones anchos—¡agarrarse, jóvenes litris!—, llevando pantalones estrechos y bine marcada la raya... ¡Adiós, perneras semejantes a fundas de almohadas!

Bueno. La cosa es como para formular una enérgica protesta ante la Liga de las Naciones.

Y, seguramente, si estuvieran en la Liga, ya la hubieran presentado a estas horas los Estados Unidos, donde la "gracia" del Príncipe ha costado unos cientos de millones de pesos, entre "clises" de anuncios echados a perder, millas de tela gastadas de más y jornales dejados de percibir por los planchadores de pantalones.

¡Muy bonito, señor Príncipe de Gales!

¡A TRABAJAR!

Se terminó el descanso

Ya deben ustedes saber que el descanso dominical para la Prensa se ha terminado. Sí, sí, aunque ustedes no lo crean, se ha terminado. Los periodistas madrileños han perdido la partida. Ya no pueden poner cara de fieras porque esta vez les han pisado los talones y el "A B C" ha conseguido el triunfo que quería. Tener 52 números más y ganar más dinero en publicidad.

En la Asamblea de periodistas, el que tuvo la mejor iniciativa fué Manolo Fontdevila, que propuso que se pagaran los ingresos a escote al diario abecedario para que no luchara más contra una conquista de la prensa.

El descanso dominical ha muerto. Descansen en paz.

CONTRA EL COCIDO

Intangibilidad del plato nacional

Nada de cocido, señores, nada de cocido. El cocido es intangible y magnífico. Hasta aquí se ha llegado. ¡Pues no tratan de desacreditarlo los periódicos madrileños! Hará bien la censura en tachar todo lo que se diga contra el cocido madrileño. El cocido rociado con un buen vinillo que se suba a la cabeza es algo sublime e inmortal. Sobre todo coloca a las gentes en situación de vivir mejor.

Además, que tras un cocido bueno y familiar todos se sienten capaces de hablar en favor de las buenas costumbres y de la delicia del hogar, aunque haya sido toda la vida una antitesis viva.

CRITICA Y COMENTARIOS

¡POBRE LUIGI!

Las altivas estrellas de nuestros music-halls y las humildes teloneras; las tanguistas de cabaret y las camareras de café; las entretenidas de lujo, con palco en el Liceo, y las queridas baratas de veinticinco duros al mes y pensión; las horizontales que se cotizan alto y las esforzadas carreristas; en fin, todas esas amables mujeres llamadas de vida alegre, o airada, y que, todavía mucho más que las otras, prefieren las historias sentimentales a los cuentos droláticos, tuvieron el pasado sábado ancho campo de comentario en un hecho inesperado: la muerte de Luigi, el popular "danseur" del Maxim's. En el sector de la ciudad comprendido entre el Paralelo y la calle de Aviñó y entre las calles del Hospital y Fernando y la Puerta de la Paz, no se hablaba, ese día, de otra cosa. ¡Pobre Luigi! —exclamaban. Y esta exclamación se oía en el Excelsior y en el Catalán, en el Nuevo Liceo y en casa Manolo Chocolate, en Villa Rosa y en los Burgaleses, en el Grill-Room y en el bar La Flor, en el Petit Boer y en La Castellana, en el Lyon d'Or y en Casa Parés, en el Edén y en el Sevilla, en la Pensión Eufrasia y en la de la Ricarte, en el cuarto japonés de "La Maison Jeanette", del Pasaje de Escudillers, y en la sala de espera de "chez Madame Rose", de la calle de Carabassa.

Luigi, que para colmo de los colmos e ironía de la vida se apellidaba Allegretti—¡hay que jorbarse!—, era en Barcelona la encarnación de la algarazara mundana, era el recuerdo viviente de aquella época de orgía y desenfreno, de vicio y placer, porque atravesó nuestra capital gracias a la guerra europea. Entonces, como ha ocurrido siempre que el dios Marte se ha encabritado más de lo necesario, mientras unos hombres se mataban como bestias, otros hombres, hermanos suyos, se aprovechaban de la matanza y se divertían. En los países beligerantes se derramaba la sangre de la juventud; en los neutrales, esa sangre se convertía en champán y lo inundaba todo, empezando por las conciencias.

Vino Luigi a Barcelona, huyendo de la quema, a mediados de 1915. Vino, desde Francia, empujado por la misma causa que nos trajo hacia acá a tanta gente desocupada, a tantas "cocottes", a tantos bailarines... No quería, ni podía, París, en aquellos momentos de dolor, albergar en su seno a esa población flotante, sin sentimiento alguno de patria y de moral nada recomendable. Por otra parte, el sinnúmero de "boites" de Montmartre habían cerrado sus puertas, y la alegría parisina—los letreros luminosos de la Place Pigalle y los "jazz-bands" de la rue Fontaine—tuvo que trasladarse a otro sitio, junto con la cohorte distinguidísima de damas y caballeros cuya existencia va ligada a la luz eléctrica y al ruido del saxophon y el cornetín con sordina.

Luigi halló en Barcelona terreno abonado. Actuaba ya aquí una verdadera legión de "danseurs"; desde Malatsoff al Príncipe de Sans, pasando por Ramos, que aún no había soñado en hacerse periodista, porque no advertió hasta más tarde que en el periodismo, como en la Eliga, "hi cap tothom", los había de todas las categorías, pesos y edades. ¿Qué importancia uno más? Luigi tenía la ventaja, además, de ser elegante, muy educado y correcto y de conocer el "oficio" como pocos. Sus cuarenta años constituían una garantía de experiencia, y a las cinco de la madrugada, cuando se trataba de seguir una juerga por todo lo alto, se llevaba el primer premio en todos, absolutamente todos, los campeonatos de agilidad, por difíciles que fuesen, y no encontraba quien rivalizara con él en el arte de hacer "blagues" con los manteles de las mesas y las botellas de champán vacías. Fue durante largo tiempo el rey del Edén y del Excelsior, y en aquel famoso sótano del antiguo Bar del Centre hizo andar de cabeza a muchas postineras internacionales del amor y a algunas infelices muchachas de la Barcelona menestral que, alucinadas por el brillo exterior del del cabaret, abandonaron el hogar y pasaron a ser heroínas de novela corta. Una de esas últimas, menuda, bonita y futura propietaria de un almacén de muebles, pero más pelmazosa que hecha de encargo, constituyó una de las pesadillas más terribles de Luigi, que no sabía cómo quitársela de encima.

¡Pobre Luigi! De la decadencia de la vida alegre y nocturna de Barcelona se había dado cuenta él más que nadie. En cierta ocasión, en uno de esos momentos de sinceridad que le caracterizaban lo mismo si se hallaba completamente sereno que si llevaba unas copas de coñac de más, nos lo confesó y nos habló de su deseo de retirarse a París para dedicarse a la compra-venta de automóviles. Contaba para ello con algún dinero que tenía guardado, procedente, según creemos, de la venta de dos casas que poseyera en la capital francesa, y con la amistad íntima que le unía a Maurice Grousseau, ex propietario del Moulin Rouge. Había observado que no era el Luigi de antes, que no era el "danseur" que sacaba a bailar a la amiga de tal fabricante, a quien contrataba ver a la mujer que pagaba en brazos de un hombre que no fuese lo "neutral" que un bailarín debe ser forzosamente, o el profesor que le enseñaba a ese industrial, a horas perdidas, robadas muchas veces a los libros del Debe y el Haber, unos pasos de tango o de fox-trot. Había adivinado que casi siempre que se le invitaba a una mesa era porque con sus "cosas" hacía reír, para desempeñar el papel de bufón, porque todavía llevaba consigo una cantidad de alegría que el cabaret ya no tiene. Pero su camino estaba tra-

Vuelve el señor Lacierva

VA A PONER ORDEN EN LOS CODIGOS EL
MINISTRO QUE SE LIABA LA MANTA
A LA CABEZA

Por si no se han enterado ustedes, don Juan de Lacierva y Peñafiel, ministro de Instrucción Pública, de la Guerra, de Hacienda, de Gobernación, de Fomento, de Gracia y Justicia, etc., etc., en diferentes gabinetes del antiguo régimen, ha vuelto a figurar en la actualidad y su nombre se cotiza para el futuro como una acción de la Trasatlántica o de la Azucarera española.

El señor de Lacierva, momentáneamente, ha aceptado ya una presidencia. Nada menos que la que deja vacante con su muerte Maura: la de la Comisión de Códigos.

Hay que tener en cuenta que el señor Lacierva ha suspenso diferentes veces las leyes fundamentales de la Constitución y que en un pleito perdió la amistad del juriconsulto don Francisco Bergamín, por "saltarse a la torera" todas las leyes y todos los códigos.

El nombramiento ha sido muy elogiado.

Nosotros, lo repetimos para que no se olvide: de Cierva ni el auto-giro de su hijo.

zado, y le fué imposible cambiar de rumbo. Si tenía dinero lo derrochó, que en eso de tirar las pesetas tampoco gustó Luigi de la competencia, y, faltar al propio tiempo de voluntad, sus propósitos se estrellaron ante el destino. No podía dejar de ser lo que siempre fué, y ahora, a sus cincuenta y pico de años, lleno el rostro de arrugas, que delataban la existencia demasiado fácil que tuvo, sin un céntimo, sin el calor de la familia ni la esperanza de pisar la tierra italiana que le vió nacer, sin ilusión de ninguna clase y obligado siempre, como los clowns del circo, a sonreír y a estar alegre, el pobre Luigi nos producía pena.

—¡Soy una manta!—nos decía últimamente, saltándole las lágrimas de los ojos, no sabemos si a consecuencia de la borrachera que llevaba o si porque presentía su fin.—Cualquier día moriré como un polluelo, y asunto terminado.

Y así ha ocurrido. El sábado, a las cinco de la madrugada, en el kiosco de periódicos de Agustín, en la Rambla del Centro frente a la calle del conde del Asalto, donde los noctámbulos mantienen una reunión que se renueva constantemente y de donde se surten de literatura de café con media nuestras ilustres paripatéticas, Luigi, con su castellano pintoresco, en el que abundaban las palabras catalanas, italianas y francesas, gastaba bromas a las compradoras, sin sospechar que dentro de un par de horas iba a dejar de existir. Se fué luego a la pensión, metióse en el baño, le sobrevino un ataque y allí murió, "como un polluelo", solo, abandonado, como había vivido, sin en consuelo de nadie, sin que unos labios de mujer—¡él que tantas mujeres gozó!—pronunciaran su nombre al despedirse de este cochino mundo.

En el Maxim's han tenido que organizar una colecta para pagar los gastos del entierro y el nicho. De no haber sido por el corazón magnánimo de las que fueron sus compañeras de trabajo, al pobre Luigi Allegretti, después de una bulliciosa vida de placer, le entierran de caridad y en la fosa común.

¡Para que digan!...

EL ESCANDALO

Tiene concedida la exclusiva de venta en España y América a la Sociedad General Española de Librería, diarios, revistas y publicaciones, S. A. - Barcelona: Calle Barabar, 16.-Madrid: calle Ferraz, 21 (moderno).-Irún: Ferrocarril, 20

Lo ingenioso, lo absurdo y lo pintoresco

Anécdotas sucedidos y otros excesos

Ha muerto el general Marina. Al saber la noticia he experimentado una gran contrariedad. El general Marina era un hombre inteligente, enérgico y disciplinado, al que todos los españoles debemos un buen recuerdo. Si los gobiernos le hubieran hecho caso, otra cosa sería hoy el problema de Marruecos. El defendió, en la zona de Melilla, la alianza con el Roghi—aquél que murió en Fez, en una jaula, prisionero del Sultán—que tan buenos servicios hubiera podido prestarnos.

Voy a referir una anécdota del general Marina, poco conocida, que tiene positiva gracia.

Enterado el general de que en el teatro Alfonso XIII, de Melilla, en un bar contiguo, los soldados—único público en aquella época—1923—de la entrada general de los teatros—bebían más de la cuenta y armaban bulo, levantado el telón, escándalos épicos, comisionó al general del Real—ya fallecido—para que hiciera acto de presencia en el referido teatro y metiera en cintura a los protestantes.

Era el general del Real un soldado en toda la acepción que el vulgo atribuye a esta palabra. Duro, enérgico, muy devoto de las Ordenanzas, un general, en fin, "que no se casaba con nadie". Llegó el general del Real al Alfonso XIII y penetró seguidamente en el bar.

¡Cuál no sería su sorpresa! No sólo varios soldados estaban bebiendo aguardiente, sino que siquiera le saludaron, ni hicieron a su entrada la menor demostración de respeto.

El general montó en cólera. Se dirigió al soldado más cercano y con voz enérgica le dijo:

—¡Arrestado!

Luego se dirigió a otro, y sin dejarle hablar, le ordenó lo mismo:

—¡Arrestado!

Se dirigió a un tercero. Pero éste pudo hacerse oír y contestó al general:

—Me parece, mi general, que usted se equivocó...

—¿Cómo que me equivocó?—respondió, amenazador, el viejo militar.

—Sí, señor. Nosotros no somos soldados. Somos el coro de "La alegría del batallón", la zarzuela que se está representando, que hemos salido en este entreacto a refrescarnos un poco.

Cuando el general del Real dió cuenta al general Marina del incidente, el comandante general un poco irónicamente, advirtió a su subordinado:

—Me parece, don Pedro, que usted está muy bien de Ordenanzas militares, pero muy mal de zarzuelas.

■

Don Cándido Lara—el propietario del teatro Lara, el inolvidable don Cándido, ya difunto—tuvo una vez ciertas diferencias con una actriz, que hoy figura como primera en una compañía.

Y decía don Cándido—el revolucionario mayor del idioma que ha existido—muy indignado:

—Esa artista no vuelve a pisar más las "bambalinas" de mi teatro.

■

Ramón López Montenegro, redactor de "Blanco y Negro", es hombre muy ingenioso.

Sabiendo los achaques idiomáticos de don Cándido Lara, siempre que tenía ocasión le tiraba de la lengua a don Cándido para que dijera barbaridades.

Un día estábamos en el vestíbulo del teatro Lara y don Cándido regresaba de la inauguración del Triánón, que había tenido lugar aquella noche:

—¿Qué tal, don Cándido, la inauguración?—preguntó Ramoncito.

—Un éxito, amigos. ¡Qué éxito! ¡Qué "faustosidad"!

—¿Y había gente?

—¡Más del maximum! ¡Más del maximum!

A lo que contestó rápidamente Ramón, comentando:

—¡Me deja usted "estupendo", don Cándido!

■

El empresario más fino que he conocido ha sido Moriones, el dueño del Triánón, de Madrid.

Cuando, empezada la representación, se sentaba en butacas, se volvía a los espectadores de la fila de detrás y les decía:

—Ustedes perdonen que les vuelva la espalda.

■

Desempeñaba el doctor Vila y Vendrell la cátedra de Química en la Universidad de Barcelona. No sé si ahora explica la misma asignatura. El pobre profesor estaba desesperado.

Siempre que tenía que hacer alguna reacción química ante sus alumnos le salía mal.

—Ven ustedes este carbonato—decía mostrando un tubo de ensayo—, pues echándole tal ácido dará un precioso precipitado de amarillo de canario.

Y, efectivamente, el precipitado era de un negro intenso.

¡Pobre profesor! No sabía que sus alumnos se habían hecho "pipí"—qué delicadeza en la expresión!—en la bombona del agua destilada.

LUIS MASCÍAS.

—Escribo estas cuartillas, amigo que me lees, dominado aún por el más impresionista espectáculo que he presenciado en mi vida. He permanecido unas cuantas horas entre locos y locas, imbeciles, idiotas, histéricas, epilépticos; entre víctimas del alcohol, de la sífilis, de la morfina; entre niños y entre mayores, que heredaron de sus padres o de sus abuelos, todas las taras y todas las miserias de una vida sin orden y sin propósito... Abandoné unos momentos el mundo en el que tú, lector, y yo, vivimos y en el que cada cual oculta su locura como sabe y como puede, para vivir en el de los locos, en un mundo de guñol, donde cada individuo es vivo testimonio de un drama.

Ha sido un reportaje el realizado, superior a mi propia voluntad. Si EL ESCANDALO no hubiera sido fundado, entre otros motivos, para ir recogiendo, *habla burlando*, esas grandes miserias de la vida de todos, y ofrecérselas al público—con lo cual realiza una importante función de carácter social, elevando, al mismo tiempo, la misión del periodista a categoría de valor humano—, seguramente que no se me hubiera ocurrido realizar la información que hoy ofrezco al público.

Es este un reportaje sin complicaciones literarias. ¿Para qué la literatura en trabajos de esta índole? Sin comentarios, también. ¿Para qué comentarios?

He sido testigo de un espectáculo sangrante. He visto con los ojos de mi conciencia. He llegado, con mi pensamiento, un poco más allá de lo que he visto y he oído.

He permanecido unas horas en un manicomio, ni para reírme de los delirios de grandezas de los locos, ni de las *excentricidades* de los maniáticos, ni siquiera de aquellos ilusos que alrededor de una estufa completamente apagada, tendían sus manos y sus pies para calentárselos. Quise ver y conocer en un tiempo de cuatro o cinco horas, como se vivía en el mundo de los locos.

No mis impresiones, lector, que éstas quedan para otra ocasión, sino mis observaciones, son las que reflejo en estas cuartillas. Y cuando no otra cosa, quisiera transmitir todo el dolor y toda la pena de que he sido poseído mi alma. ¡Pobres locos, pobres enfermos, que ni el consuelo de una esperanza pueden llegar a concebir! ¡Pobres locos de vida truncada al cegarse la razón! ¡Que la piedad infinita de los hombres generosos, sea para con ellos.

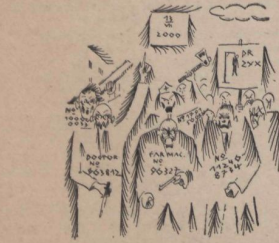
Cómo concibió el reporter la idea de una visita a un manicomio

No fué producto de largas vigiliadas, desde luego. Al contrario. Entre la concepción del propósito de la visita, el propósito y la realización del propósito, mediaron unas horas, las suficientes, sin embargo, para que se apoderara de mi una profunda emoción. Conozco la cárcel, sé de la vida del hospital, y, no obstante, la sola idea de permanecer unas horas en un manicomio, me impresionó hondamente. No sé lo que es peor: lo que es más horrible. Si la cárcel, el presidio, el hospital o la llamada Casa de Salud.

Quise constatar sufrimiento moral por sufrimiento moral. Quise saber del dolor de un encierro en un manicomio. Y aun cuando mi estancia en éste se limitara a una mera visita, y de mí albedrío dependiera ir o no ir, no por eso pude observar y adivinar mentes. Supe ver, supe preguntar y me imaginé todo el dolor, el inmenso dolor de aquel epiléptico que exclamó con una emoción que llevaba retratada en el rostro:

—No hay esperanza para mí, señor, no hay esperanza. Aquí he de dejar la piel. Me resigno y cumplo el Destino sin voluntad.

¿Qué miseria es peor entre todas las miserias? De los círculos en el que Dante dividió el Infierno, ¿en cuál su-



frian más las almas? ¿Pueden medirse los sufrimientos? ¿Pueden pesarse los dolores? ¿Qué martirio es el más cruel de todos los martirios, si todos tienden a martirizar?

La cárcel, el presidio, el hospital, el manicomio—los infiernos de la tierra—¿qué es peor? ¿Dónde se sufre más? ¿En qué lugar se pierde la esperanza? Entre tantas mansiones para albergar el dolor y la miseria, y la muerte, ¿qué es peor o qué es mejor?

Los manicomios

La casualidad me ha deparado—al llegar a San Baudilio del Llobregat—un antiguo y buen amigo mío. Al conocer el objeto de mi viaje, se ofreció para acompañarme. El conoce el manicomio por haberlo visitado algunas veces. Me prometió una fructífera visita. Ir acompañado de un vecino del pueblo, siempre puede ser una garantía de mayor éxito, como, realmente, así fué.

Dando frente a la Rambla de San Baudilio y de cara a Barcelona, se yergue, severo, un edificio de señorial entrada. A uno de los lados de la misma Rambla y separado por un estrecho camino, sin tantas pretensiones como el primero, pero con la misma severidad, otro edificio, uno y otro de imponente aspecto.

Podrían recordarme ambos, los chalets, hoteles o torres de las afueras de nuestra ciudad, por ejemplo, cualquiera de los que vemos en la calle de Muntaner, pasada la Diagonal.

Ha de advertirme mi amigo, que aquellos edificios son los manicomios, los famosos manicomios de Sant Boi. Uno, el del paseo, el correspondiente a las mujeres. El otro, el que da cara a Barcelona, el de los hombres.

Me imaginé aquellas casas pertenecientes a unos particulares. Nada, ni un letrero, descubren al forastero que detrás de aquellas puertas de hierro, en el manicomio de las mujeres, y después de ganar aquella pequeña es-



calinata, en el de los hombres—que se tiene acceso a ella después de atravesar un amable umbral donde la jardinería y la arquitectura han rivalizado para alejar toda sospecha de dolor y de miseria—nada, repito, descubre al forastero que cientos de personas, perdida casi toda esperanza, estén albergadas en su interior.

El "hermano" fraile

Nos detenemos unos momentos ante el manicomio de los hombres. Con la vista abarcamos el inmenso edificio, tan inmenso como la impresión de dolor que me produjo la visita.

Como suponemos que debe sentarse un abad y en los sillones en que debe sentarse, así encontramos al "hermano" fraile, que, amable, cordial, habrá de acompañarnos más tarde a recorrer el manicomio.

Sobre la nariz le cabalgan unas antiparras y entre las manos tiene un periódico, *La Vanguardia*, que después entregará a un loco. El "hermano" fraile está gozando de las delicias de una hermosa tarde de invierno. Le entrego una carta de recomendación para el Director del manicomio, el reverendo don Dámaso Palau, en la que se explica el objeto de mi visita. El "hermano" fraile busca sin fortuna al director y, para no hacerse perder tiempo, me invita a entrar en el manicomio.

Abre una puerta vitrea y entro, con mi amigo, en el mundo de los locos. ¿Cuántas variedades de ellos encontraremos? ¿Habría de tener cien lenguas y cien bocas y una voz de bronce y no podría desembrollar todas las variedades de locos, ni enumerar todos los nombres de la Locura", diz que dijo Virgilio. Y si bien es cierto que nunca los poetas vieron la Locura como los hombres de ciencia, no lo es menos también que el *Elogio* que de la misma locura Erasmo, nada en absoluto tiene que ver con la Locura de los locos encerrados en los manicomios.

Podríamos burlarnos de los locos de atar que andan sudados por ahí; podríamos apelar a la ironía y al humorismo al referirnos a la locura de que cada uno está poseído, pero de la falta de razón de los enclaustrados en las casas de salud, nadie osará hacer la menor chanza. El mundo de los locos oficiales es algo que impone; es algo terriblemente triste.

EN EL MUNDO DE LOS LOCOS

Unas horas en el Manicomio de San Baudilio

OR

ANTONIO AMADOR

La república de los locos

Tras nosotros se cierra la puerta que nos dió acceso a ese pequeño parque. Hemos hollado el territorio perteneciente a los locos.

A la izquierda del parque, que con un poco de buena voluntad, puede antojarse al visitante un jardín, y paseándose, como un enjaulado, por debajo de unos pórticos, vemos al primer loco.

Es un hombre joven, como de 34 años, alto, delgado. Cubre su cabeza con una gorra y alrededor del cuello lleva una bufanda.

Cuando entramos, nos miró con cierta extrañeza, dejó de pasear, detúvose delante de nosotros y se descubrió, correcto, sin afectación.

—Buenas tardes—nos saludó él primero.
—Buenas tardes—respondimos, sacándonos el sombrero.

Le creímos un vigilante.
—Es un loco—nos advirtió el "hermano" fraile—un loco pacífico, pero un loco.

Sobre un banco estaba tumbado, panza arriba, otro loco. Más cuerdo, ni se molestó en saludar. Unicamente hizo un difícil movimiento con la cabeza, pero sin abandonar su posición, para mirarnos. Conforme estaba y miraba, debió vernos, por un efecto de óptica, al revés, es decir, debió vernos andar de cabeza.

La sala de recreo

Y entramos en la sala llamada de recreo. En el centro una mesa de billar, al fondo, un piano, a un lado, las mesas para jugar a las cartas. Apenas traspusimos la puerta, hicimos un movimiento instintivo de retroceso. Aquel salón olía mal. No olía ni a cárcel ni a hospital. Debía oler a manicomio. Me figuré que aquella sala la desinfectan con cloroformo.

—Es la sala de recreo de preferencia—nos dijo nuestro acompañante—Aquí están los locos que pagan.

—¿Qué pagan por ser locos?—preguntamos.
Sonrió el fraile.

—No. Que pagan para estar mejor.
—¿Y juegan?

—Ya lo ve usted.
Efectivamente. Las mesas estaban ocupadas casi en su totalidad. Todos los locos que jugaban, jugaban a las cartas.

Cuando entramos, interrumpieron el juego y nos saludaron.

Ninguna particularidad observamos, como no fuera la de ver reflejado en algunos rostros un cansancio moral, quien sabe si producto de esperanzas truncadas.

Nos despedimos de los locos de preferencia, que no nos parecieran tan locos como los que vimos después. El "hermano" fraile, amable, nos enseñó el comedor. Una mesa larga en el centro y unas mesitas arimadas a las paredes, para tres y cuatro personas. Unos manteles cubrían las mesas. Servilletas sobre los platos de loza, platos que han conocido, a juzgar por sus *achagues*, generaciones de perturbados. Jarros de cristal. Muy aseado todo, muy pulcro, pero muy triste.

Después vemos los dormitorios. Para ir a ellos pasamos por una galería con grandes ventanales, que da al parque.

Los ventanales carecen de vidrios.
—Es como medida profiláctica que carecen de cristales esas ventanitas—inquirimos.

—No responde el fraile—Es que a veces se rompen, y como el tiempo no es malo, no hay necesidad de ponerlos.

Los dormitorios, según lo que pagan los locos son individuales o para dos personas. Están bien. Una cama, de aspecto agradabilísimo, como casi todas las camas, un espejo de luna sobre una cómoda, un lavabo, dos sillas. Generalmente, toda la preferencia es igual.

Subimos y bajamos escaleras, cuyos huecos están cubiertos de una tela metálica para evitar posibles intentos de suicidio; a travésamos comedores, reconocemos estancias, penetramos en más dormitorios. Mucha ventilación, mucha limpieza, mucho orden. Nos enseñan el laboratorio, montado con *exquisita sobriedad*, pero sin faltar detalle. Después, el departamento de duchas y baños.

—¿Cuántos entran en esta casa—nos alecciona el fraile—

le—están sometidos a un tratamiento de duchas y vapor espacio de seis meses. Es el periodo máximo de observación. Si no son enfermos graves, esta terapéutica les cura, y si durante ese espacio de tiempo no se ha obtenido ningún resultado práctico, se les pasa a los departamentos destinados al caso clínico del paciente.

—Esas duchas ¿son a base de agua fría?

—Según. Con frecuencia se pasa de la ducha de agua fría a la del agua caliente, apenas sin intermitencia, gracias a esos aparatos. La impresión que el enfermo recibe con el cambio de temperatura es lo que le hace reaccionar.

—¿Y esas bañeras?

—En esas bañeras permanecen algunos enfermos días enteros, cambiándose con frecuencia la temperatura del agua. Lo primero que se hace con un loco en cuanto entra en el manicomio, es conducirlo aquí y someterle al tratamiento de baños y duchas.

—¿Nada más?

—Nada más. Como le digo, son seis meses de observación los que tienen que sufrir.

—¿Y curan algunos?

—Algunos sí...
—El montaje de esos aparatos ¿es reciente?

—Hace dos años que los usamos. Son muy modernos.
—¿Y son ustedes, los frailes, los encargados de aplicar este régimen de terapéutica?

—Sí.
—Dígame: Los locos que están en preferencia ¿ofrecen una particularidad en su locura?

—Ahí, sí, desde luego. Hay sus variantes.
—¿Y están juntos?

El "hermano" fraile no ha oído nuestra pregunta, preocupado en hacer funcionar los aparatos, que ciertamente son una maravilla.

Seguimos recorriendo el mundo de los locos, y a medida que nos adentramos en él, vamos descendiendo.

Nos hallamos en un departamento de tercera, donde están los pensionistas. También tienen una sala de recreo, pero sin mesa de billar. Juegos de naipes y los que no juegan leen *La Vanguardia*. El comedor es también grande, ventilado. Las mesas sin manteles y los platos son de hoja de lata. Los dormitorios tienen dos camas, y no son tan cómodas como las de preferencia. Estos locos de tercera no tienen trato ni contacto con los primeros. Se les ve resignados, tristes, melancólicos. No hablan. No gritan. No dicen nada. Ni ven nada. Ni saben nada de nada. Viven en completo estado de ceguera mental.

El "pueblo" del mundo de los locos

Dante debía recorrer los círculos de su Infierno, como nosotros recorremos ese mundo donde a cada paso que avanzamos nos encontramos con una miseria más perfecta y más disciplinada.

Características de la locura

—¿Qué número de locos habrá en el manicomio?—preguntamos al fraile.

—Mil ciento diez.
—¿Y cuántas personas para cuidarlos?

—Treinta y cuatro "hermanos" y un sirviente por cada "hermano".

—¿Nada más?

—Nada más.
—¿Cómo dividen ustedes a los locos?

—En seis grupos. Los que están en observación; los que están en la enfermería; en tranquiños; epilépticos; valedurinos (sucios) y agitados (furiosos). Y aún, dentro de cada grupo, hay sus variedades.

—Así, pues, nosotros, hemos visto a los dos primeros grupos.
—Sí señor. Ahora veremos a los tranquiños.

Atrevámonos un corredor. Un hombre viejo nos pide un cigarrillo:
—Un cigarro, señor, un cigarro.

Se lo damos. Por todas partes nos salen locos, en zarabanda infernal, pidiéndonos cigarrillos. No tenemos para todos, claro.

El fraile les reconoce:
—Silencio. *Ala*, apartaos.
Y los locos nos abren paso.
El amigo que me acompaña ve a un conocido.

Le llama y no hace caso. Le llama el "hermano" fraile y viene en seguida.

Es un mocetón, este que tengo delante, de 27 a 28 años. Alto, fornido. Tiene todas las características del idiota. Lo es. Le hablan y agacha la cabeza. Baja la vista. Entreabre los labios. Su cara no dice nada. No expresa nada.

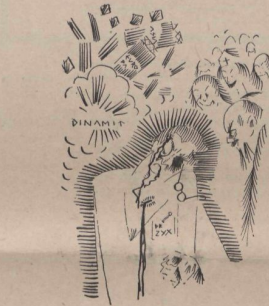
—Hola!—le dice mi amigo,—¿no sabes quien soy?

El pobre idiota no contesta.
—¿No me conoces?

—Sí, y en desahogada posición.
—Vete—le dice el fraile.

—¿Y éste es de los que no cura. Desgraciadamente, no hay remedio para él.
—¿Y tiene familia?

—Sí, y en desahogada posición.
Salimos a un patio. En él están los locos llamados *tranquiños*, porque no ofrecen ningún peligro. Algunos son destinados a las mecánicas del manicomio. Ayudan en la cocina; trabajan en la huerta, limpian etc., y por este trabajo se lleva a un trato de preferencia. Cada tres días se les entrega una cajetilla de tabaco y dentro del régimen



del manicomio disfrutan de una mayor libertad, aunque esa libertad no sirva, precisamente para componer una Oda.

Una cocina

Estamos en una cocina. En unos cubos inmensos se prepara la comida.

—¿Qué es esto?—preguntamos, señalando una masa blanca que es difícil distinguir de qué se compone, si no nos lo dicen.

—Arroz.
—¿Y lo que hay encima del arroz?

—Patatas.
—¿Qué comen los enfermos?

—Por la mañana, sopa de caldo con pan. Al mediodía, sopa de pasta y cocido, y por la noche, legumbres y carne asada o bacalao.

—¿Todos comen igual?

—Todos, no, pero hay poca diferencia.
—¿Y los de preferencia, ¿tienen un régimen especial de alimentación?

—Comen según lo que pagan, pero no dude usted —asegura el fraile—, que incluso lo señeramos pobres, es decir, los que tenemos recogidos, comen bien. No se pueden quejar, créalo, no se pueden quejar.

—Y, seguramente, no se quejan—respondió.

Los epilépticos

Una puerta nos da acceso a un inmenso patio, situado en el centro mismo del manicomio. Es la parte vieja del mismo. En su primera época, el manicomio de "San Boi", allá por los años 54 al 55, partía de este departamento de epilépticos. Lo que vi antes, es de reciente construcción. Se pasean los epilépticos a grandes zancadas. Hay uno que habla solo. Es heredero de no sé qué casa.

—Mi amigo, se encuentra con otro conocido. Viene a nosotros con la mano tendida. Nos saluda cordial. Es un hombre de robusta complexión.

—¿Cómo te encuentras?—le pregunta el amigo.
—Bien—responde el enfermo.
—Poco a poco, hombre. Ten confianza.
—La tengo, la tengo. Pero confíanza en dejar los huesos aquí—dice tristemente.
—No, hombre, no.
—Sí, ¿para qué engañarme? De aquí no he de salir más, estoy convencido.
Su rostro denota una infinita expresión de dolor, de



intenso dolor.
Nos despedimos.
—Créeme que deseo verte en la calle—le dice sinceramente mi amigo.

—Gracias, gracias.
Dejamos el patio y entramos en la sala-comedor de los epilépticos. Unos hombres están sentados. Entre ellos unos niños cuya edad varía entre cinco, seis y siete años. Es un espectáculo sombrío el que presenciamos ahora, triste, que me impresionó fuertemente.

—¿También hay niños aquí?—pregunté.
—Ya lo creo. Mire usted. Aquellos dos—y señala el fraile a dos niñas criaturas—, son epilépticos por herencia. El padre murió aquí en el manicomio. Era un alcohólico. De la madre también se tiene antecedentes clínicos.

—Pero, esto es horrible.
El fraile no se inmuta. Quizá acostumbrado a ver tantas miserias, ya no le impresiona lo que a mí me hiela hasta el corazón.

Vienen los niños a nosotros. No hablan. Articulan sonidos que nadie entiende. Niños idiotas, semi-imbeciles, están rodeados constantemente de hombres también idiotas e imbeciles.

Esto es una página de Gerardo de Nerval y Edgar Poe, fundidas. Es visión de aquarelar la que se nos presenta.

—¿Y siempre están así?—inquiero.
—Siempre.

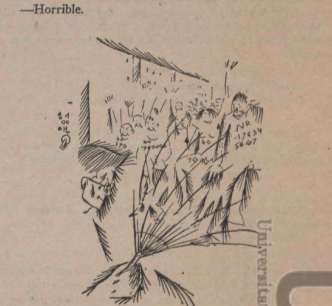
—¿Siempre entre esos hombres?

—Siempre.
Huímos de ese departamento infernal y entramos en un dormitorio de niños.

Cerca de una cama hay un hombre, un sirviente, arreglando un niño.

—¿Vean este caso—nos invita nuestro acompañante. Nos acercamos a la cama. No vemos más que una cara humida y una frente desigual que avanza sobre el rostro. Tiene los ojos semicerrados, como si la luz le dafara.

—Horrible.



—Otro caso patológico—nos dice el fraile.
—¿Sífilis?

—Prohibido. Esto que creen ustedes un niño, tiene veintiseis años. Hace veinte que está en el manicomio. Estoy conternado. El sirviente nos dice:

—¿Quiéren ustedes verlo?

(Continúa en la página activa)

ECOS E INDISCRECIONES

COCKTAIL

A la hora en que escribimos estas líneas todavía no se ha escapado del manicomio de San Baudilio de Llobregat el célebre estafador Antonio Llusá.

Tampoco ha convocado a la Asociación de la Prensa el célebre publicista señor Ribera-Robira.

✱

Se va a inaugurar en la Universidad de Oxford una cátedra de español para los ingleses.

¡Cielos! Nos cobrarán las facturas sin remisión.

✱

Se encuentra en Barcelona el príncipe Piombino.

Nos huele a farmacia.

De bicarbonato de sosa, dos gramos. De Piombino, cinco gramos.

Despáchese.

✱

Se anuncia la aparición inminente de un periódico titulado "República".

Y en el consejo de dirección figuran Santamaría y Cabañer.

¡"Ora pro nobis!"

¡Sooo!...

✱

El señor Pou ha disertado en el Ateneo Enciclopédico Popular acerca de "Los principios del pensamiento moderno: idealismo y realismo".

Suponemos que la disertación sería profunda.

Tratándose de Pou...

✱

Estos días se ha venido proyectando una película que tiene por título: "Eclipse de estrellas".

¡A ver! ¡A ver! ¿Cómo ha pasado ese título por la censura?

✱

En la película "¿Quo Vadis?" han intervenido, según dice un reclamo, diez mil personas.

¡Y pensar que en otros asuntos más importantes han intervenido menos de diez mil y se nos ha hecho creer que han intervenido cien mil hombres!

Han comenzado los bailes de Carnaval.

Sabemos de varias personalidades que piensan disfrazarse de personas decentes.

✱

En el Ebro, cerca de Tortosa, han chocado dos vapores. Son ganas del Ebro de presumir de mar.

Le pasa lo mismo que a alguno de nuestros hombres públicos.

✱

Alvaro Retana y otro señor llamado Juan Caballero, han sido condenados a unos meses de arresto por publicar novelas pornográficas.

Es de esperar que cuando Pedro Mata, Antonio de Hoyos y Vinent, Alberto Insúa, López de Haro, el novelista notario etcétera, etc., publiquen sus largas novelas, serán condenados a cadena perpetua.

✱

El otro día hubo una juerga fantástica en un furgón apostado en la estación del Norte, en Madrid.

¿Quiénes eran los juerguistas? Se dice que... Pero, callemos, preferimos no ser indiscretos. ¿Para qué? Además que estamos muy bien así... Pudiendo decir las cosas con entera libertad.

✱

Franco ha llegado a América.

Acompañamos en el sentimiento a Casagrande.

✱

Según "El Noticiero", órgano como todos saben de don Luis Sedó y del "Chicuelo", el maestro Martín ha dado una conferencia sobre "Las nuestras canciones de Navidad".

"Ai, las!", que diría José María Junoy...

✱

Título de una película que se representa en los cines populares: "Zapatero, a tus zapatos".

¡Buen consejo!

✱

La compañía de M. Z. A. anuncia al público que ha quedado abierto al servicio el sector terminado de la nueva estación.

Menos mal que añade para consolarnos, que el público seguirá sufriendo molestias.

Si no fuera así, la desconoceríamos.

✱

Se ha de conmemorar el 11 de febrero.

Con permiso de la autoridad competente.

Como las corridas de mansos.

✱

En Gerona le preparan un homenaje a Rusiñol.

Que cuenten con nuestra presencia.

LEA USTED EN EL PROXIMO NUMERO DE

"EL ESCÁNDALO"

un sensacional artículo de

BRAULIO SOLSONA

titulado

El problema de las Izquierdas

No se puede tolerar que figuren en ningún movimiento izquierdista los concejales cuya desastrosa gestión administrativa les ha hecho tristemente célebres, desprestigiando a los partidos republicanos.

Se habla de una "naciente unión de izquierdas".

La patrocinan—¡horror!—varios ex concejales, alguno de ellos con una fama de poco honesto que le quita todo prestigio a la "naciente unión".

De manera que ¡hay pájaros que quieren emular al ave-fénix?

Pues hay cosas que están bien muertas...

✱

Ha desaparecido un hombre de Barcelona.

¡Cielos! ¿Estará con las niñas desaparecidas?

✱

—¿Cuántos son dos y dos y dos?

—Seis.

—¿Y si se trata de taquígrafos?

—Si se trata de taquígrafos, dos y dos y dos, siguen siendo dos.

A la m.....

✱

"La Voz", que suele ser un periódico bastante enterado, tiene un corresponsal en París divertidísimo. Se trata de Ceferino R. Avecilla, que no puede volver a España porque está procesado por un grave delito.

El señor Avecilla en una crónica reciente acaba de comparar a Charles Meré con Pedro Muñoz Seca, para dar a conocer al comediógrafo parisino en España.

Les podemos asegurar formalmente que el señor Avecilla no sabe lo que se dice.

POSTAL DE LA CORTE

M. P. es una mujer "a la page"

Calendario de una distinguida dama de mundo madrileña:

Lunes, por la tarde: Al Real Cinema. Día de moda.

Martes, por la tarde: A la Comedia. Día de moda.

Miércoles, por la tarde: Al Alkazar. Día de moda.

Jueves, por la tarde: Al Ritz. Día de moda.

Viernes, por la tarde: Al Victoria Eugenia. Día de moda.

Sábado, por la tarde: Al Palacio de Hielo. Día de moda.

Domingo, por la tarde: Al Palace. Día de moda.

Por las noches: cena familiar. Algunas a Apolo, otras a Pavón a ver a los de Apolo.

Greguerías ramonísticas

El café es un centro revolucionario, inofensivo, literario y confortable.

✱

El rumor es el anzuelo que sirve para dar comienzo a la cábala del diálogo en el café.

✱

Se laciervcececa, aunque parezca mentira. Pero, se laciervcececa.

✱

No hay nada más divertido y tranquilo que confiar en que otro saque las castañas del fuego.

GENTE EXTRAÑA

Inquietudes de un ilustre sabadellense que tuvo la pretensión de vivir dos veces

Sabadell—¿quién no lo sabe?—es uno de los dos grandes centros fabriles españoles donde se elaboran estupendos paños ingleses. El otro es Tarrasa, pero hoy no hemos de hablar de la ciudad de don Alfonso Sala. Requiere nuestra pluma la hazaña de un sabadellense, seguramente elector del batallador diputado Luis Company en los tiempos de la vieja política—que ya hasta sus enemigos vamos echando de menos.

Este ilustre sabadellense, el lema de cuya vida podría cifrarse en lo futuro en aquella frase inmortal de "renovarse o morir", realizó lo que para muchos será una utopía en esta tierra de monogamia y de lazos indestructibles. La vida, para él, era de una monotonía abrumadora, desesperante. Todos los días, su mirada abarcaba idénticos panoramas, saludaba a las mismas personas, recorría los mismos lugares, pasando por los mismos sitios.

Desayunaba, leía el periódico local, acudía a su trabajo, comía su buena "escudella i carn d'olla", discutía los mismos temas de siempre con los amigos de toda la vida en el café, emprendía de nuevo el trabajo y por la noche, después de la cena, distraía sus ocios en la tertulia del café, en el cinematógrafo, y los sábados y los domingos admirando a las "estrellas" de variedades que abandonan su reino del Paralelo para lucir su arte, y otras cosas no siempre de acuerdo con las leyes estéticas, ante la gente de los pueblos.

Una de estas "estrellas" le sorbió el seso al protagonista de esta historia. Su figura gallarda y gentil le sedujo. Cuando llegó hasta ella, le subyugó su gracejo, su alegría que se desbordaba en una risa cascabelera. El, en su casa, no oía reír así, ni decir aquellas cosas chispeantes, ni acostumbraba a ver aquellas galas con que adornaba su figura la cupletista barcelonesa.

La cupletista le atrajo tras sí a la ciudad. Conoció las noches barcelonesas. Le aturdió el estruendo de los cafés, conciertos del Paralelo, donde se oye a todo el mundo menos a la "artista" que se pasea por el escenario.

Bailó en Excelsior y en el Lyon, entre tanguistas voraces, degenerados cocainómanos y crupiers en paro forzoso. Hizo el flamenco—aunque se le notaba el "asento"—en la castiza Villa-Rosa. Le fueron familiares Casa Juan, Andalucía en Cataluña, los restaurantes de Las Planas, los merenderos de la Barceloneta.

Se convirtió en un "corrido". Aquello era vivir y no lo que hasta entonces había hecho. Aquello era gozar y no la vida monótona, insoportable en que había malgastado sus mejores años. Entonces sentía, como el tenor de una ópera que había visto hacía tiempo, "la alegría, la alegría del vivir".

Eso quería él: vivir. Vivir una existencia nueva, distinta a la que siempre llevó. Y para marcar bien la línea divisoria, para que no le atara nada a su vida anterior, pensó en matarse... para los demás. Pensó en un suicidio para la "galería". Y con su amante, se fué a la playa de Badalona. Se desnudó y dejó sobre la arena el traje que se había quitado. Se vistió otro que llevaba en una maleta. Y dejó sobre la ropa que quedaba a la orilla del mar, una de esas cartas que siempre quieren ser conmovedoras y son indefectiblemente grotescas, que comienzan con un solemne: "Señor juez de guardia..."

El resto ya lo sabréis. Y el que no lo sepa, ya puede figurárselo. Un viajeito a Francia. Del Paralelo a Montmartre. A vivir la vida. A divertirse. A gozar.

Y la segunda parte también os la podéis figurar. De momento, quiso tranquilizar a su familia y escribió, notificando que "no se había suicidado", pero que quería cambiar de vida por ser insoportable la que llevaba. Espontáneamente, y sin darse cuenta, se ligó de nuevo a aquello de que se quería separar. Y más tarde, cuando se le acabó el dinero o la cupletista le abandonó—cosas ambas que pueden coincidir—el arrepentimiento, el perdón y la vuelta a la vida antigua, monótona y abrumadoramente fastidiosa de la ciudad fabril, donde se confeccionan paños ingleses en competencia, no con Inglaterra, sino con Tarrasa.

BRAULIO SOLSONA.

ESTE NUMERO HA PASADO

POR LA PREVIA

CENSURA GUBERNATIVA

EL TABLADO DE ARLEQUIN

NUESTRAS ACTRICES

SOBRIEDAD INTELIGENTE



María Morera

Hablar de la señora Morera, decir cosas de María Morera, ¿por qué y a santo de qué? La señora Morera no necesita de EL ESCANDALO para llamar la atención de las gentes con su arte personalísimo y excepcional en la escena catalana de nuestros días. Pero EL ESCANDALO, que no regatea elogios a quien los merece, necesita de la señora Morera para presentarla como modelo de actrices sobrias en la expresión del rostro, sobrias en la matización de las ideas, sobrias en la intensidad de los afectos, sobrias en la composición de los tipos, sobrias por intuición y por comprensión, cualidades que sólo se dan en las imaginaciones muy vivas y en los temperamentos muy despiertos y con dominio absoluto de sus facultades histriónicas.

Y que la señora Morera sabe adaptarse y situarse siempre bien, lo saben los niños, y lo saben, también, las madres. ¿Qué sería, pongamos por caso, "Un matrimonio de conveniencia" sin la intervención de la Morera? ¿Qué quedaría de la niña "Ventaflores" sin el concurso de esta actriz?

La sobriedad de María Morera tiene tantas facetas, tan distintos aspectos y formas tan variadas, que se renueva todos los días, sin salirse nunca de las normas de la más estricta naturalidad, a la que dedica todos sus afanes artísticos, cual si en el fondo de su alma aletease todavía el espíritu de la Monner.

¡Oh, la escuela de los viejos cómicos catalanes!... Nosotros, revolucionarios "per se", aforamos a veces la tradición que se pierde entre el estruendo de falsas reputaciones y el ulular de los canes que ladran a la luna.

Mas, no nos pongamos serios. La farsa puede continuar. Y contentémonos con que alguna que otra vez, además de los encantos de la mujer físicamente bella, podamos subrayar esa otra belleza espiritual que llevan dentro los artistas de co-razón.

Y entre éstos reservamos un lugar preeminente a María Morera.

De todos y para todos

Se nos dice que el ilustre autor señor Arniches y uno de sus hijos se hallan mezclados en un gran lío familiar que ha originado un escándalo.

No sabemos si éste ha sido chico.

Recordemos a García Alvarez.

Frente a una cartelera del teatro Olympia le han quitado la cartera a un infeliz.

¿"Quo Vadis"?

¿Por qué badas?, que traduciría el ex senador.

En Novedades representan "Las tres hermanas". Hemos preguntado, por teléfono, al taquillero quiénes son, y hé aquí su respuesta:

¡La Pinta, La Niña y la Santa Marí!

Ahora, que nos parece que las tres naves van muy mal.

"El corazón manda" anuncian en el Goya.

¿Qué os creéis eso!

El que manda es el abono.

¡Festivos!

En el teatro Nuevo se representan "El duo de la Africana", "Marina" y "La tempestad".

En el Tivoli "Marina" y "La Marieta de l'ull viu".

En el Goya "El amigo Teddy".

Decididamente estamos en pleno invierno de 1872.

Las bases teatrales regirán hasta septiembre.

Les ha pasado como a los malos estudiantes, que les han suspendido en junio.

En el Victoria se representan "Los cuatro jinetes del Apocalipsis".

¿Quién de los actores representará la Peste?

Seleccionemos.

Estamos, hace quince años, leyendo en los carteles: Pepita Ramos "La Goyita".

¿Hasta cuándo vas a estar empleando diminutivos, hija nuestra?

Estreno en el Poliorama:

"Las de Mochales".

Son las ilusiones de algunos.

Y dice un periódico:

"Las de Mochales son hijas de un ricacho bonachón".

Las conocemos, ¡Ya lo creo que las conocemos!

En Eldorado se ha estrenado un "sektch" titulado "Amor de torero".

Podemos jurar con la mano puesta sobre donde ustedes quieran que el protagonista nada tiene que ver con "Pedrucho".

Rambal hace "Los cuatro jinetes del Apocalipsis", de Blasco Ibáñez.

Vilches va a hacer "Nada menos que todo un hombre", de Unamuno.

¿Habíamos hablado mal de Vilches y de Rambal?

¡Ah! Pues lo retiramos...

Un ilustre comediógrafo madrileño, cuya popularidad es máxima, está escribiendo una obra titulada "La culpa de los padres la pagan los hijos". Se trata de un padre conquistador y dicharachero que ha "flirteado" intensamente con todas las mujeres de sus amigos, de sus socios y de sus conocidos. Un día el hijo de este sátiro se casa con una muchachita que parece dulce y tierna como un cordero, pero al día siguiente de la boda resulta que la hija se siente madre, por obra y gracia del milagro cotidiano. Esto pasa en el primer acto. En los demás no se sabe aún exactamente qué pasará.

Tenemos a bien comunicarles que si los empresarios barceloneses no patentan los cuadros de sus revistas, van a verlas fusiladas en los teatros de Madrid. "Chelito", la cordial y ya veterana "rumbista", "Chelito" vió en Barcelona el "Kiss-me" y ha aplicado con toda desvergüenza el número de "Un regalito, la mar de bonito yo les ofrezco..." con toda pulcritud en una especie de revista que exhiben en Eldorado. Será necesario que se obligue a estos autores a que tengan originalidad propia.

En el Folies Bergère anuncian "Últimos días de Emilia Domingo".

Pero ¿tan joven ya se va a morir la pobrecita?

¿Qué pasa con el teatro ruso?

Pues pasa que está muy bien.

Y pasa que la gente no va a verlo.

Lo sentimos por los que no van.

A pesar de eso de "eclectico", que mucha gente no lo traga, es una cosa seria.

La literatura rusa, entendiéndola ustedes bien, es en la actualidad la más interesante, la más fuerte, la más pletórica de ideas y de sensaciones.

"El profesor Storitzin" es un drama formidable y "Las tres hermanas" una comedia magnífica.

Ahora, que si la gente quiere seguir viendo comedias de Muñoz Seca o de Linares Rivas, ¡allá cada uno!

Que les conste a ustedes que la única nota deplorable de Novedades ha sido encargarle una conferencia al pobre Durán y Bernat.

Por lo demás, la temporada de teatro ruso es algo estu-
pendo.

Nos ha visitado una comisión de señoritas de la buena sociedad—bueno, bueno, está el mundo—para rogarnos que rectificásemos la especie de que Vilches está despéptico, de que se ha acentuado el defecto nasal de su voz y de que ya no come uvas.

Vilches es más eterno que el eterno don Juan, y aunque en su fuero interno lamenta no haber nacido estrella—estrella de la pantalla, ¿eh?—todavía tiene prestancia, gentileza y una caída de ojos como para atormentar a media humanidad. (La otra media, naturalmente, no le interesa, sin duda porque a ella pertenecemos nosotros.)

¡Ah! ¡A cuánto obliga eso de mantener siempre el tipo!

A nosotros—¡claro está!—nos causa un poco de envidia saber que existe un hombre que encanta lo mismo a las "cazuelas" de Montevideo que a las perfumadas damiselas de Madrid o de Barcelona.

Más, nos resignamos, porque sabemos de antiguo que Vilches sólo hay uno en el mundo. Y en cuanto él desaparece, ya no nos humillarán nuestras espontáneas y denodadas visitantes, defensoras de su arte personalísimo.

Lluelles ha estrenado su comedia "La pols del camí", en el Talía.

En el Romea y en el Español, hacen obras en catalán si son de autores extranjeros.

Por eso ha tenido Lluelles que buscarse un teatro para estrenar su obra.

Se dice que Pepita Ibelty ha descubierto un específico para aclarar la voz.

En cuanto sus colegas lo sepan, van a agotar las existencias.

Porque se oye cada vez de sereno por esos cafés-conciertos...

Y ahora que hablamos de Muñoz Seca, tenemos el placer de comunicarles que es tan grande su influencia en Madrid, que no hay crítico, ni autor que se atreva a meterse con él. Es un dictador de opereta, teatral e imponente. A todo novel que no cede a sus imposiciones, no le deja estrenar. ¡Parece mentira que los autores no se hayan revolcado contra esa idiota ambición!

Pero no hay cuidado. Le temen.

Tiremos de encuesta.

Hemos preguntado "¿Qué obra prefiere usted?" a gente de teatro.

Hé aquí las respuestas:

Pablo Gorgé: "En familia".

Ramón Gorgé: "Ese es mi hermanito".

Emilio Sagi-Barba: "El Dictador".

Luis Calvo: "El maestro Campanone".

Mary Isaura: "La chica del maestro".

Emilia Iglesias: "La niña boba".

Josefina Cháfer: "¡Adiós juventud!".

Felisa Herrero: "Aquí hace falta un hombre".

Anselmo Fernández: "A la vejez viruelas".

Manolo Fernández: "Pa mí que nieva".

Enriqueta Conti: "El tropiezo de la Nati".

Emilio Vendrell: "Juan José".

Ricardo Fuentes: "El ilustre Recochez".

José Parera: "El capricho de las damas".

Ramón Santiago: "Entre bobos anda el juego".

Vicente Estrada: "El ojo derecho".

Ortiz de Zárate: "El terrible Pérez".

"Amichatis": "Juerga, disparo y lesiones".

Francisco Godayol: "La patria de Cervantes".

Caballé, Segura, Rafaelito Díaz y Miret: "Los guapos".

Tana Lluor: "¿Qué viene mi marido!".

Cuando se estrenó en Madrid "La bejarana" un empresario de Valencia fué a la corte a gestionar del maestro Alonso la exclusiva del estreno para su teatro.

—¿Usted ha visto la obra?—le preguntó Alonso?

Y el empresario valenciano, que es un ingenuo, le respondió: —No. Pero sé que tiene un número muy bonito que se parece mucho al Himno de la Exposición...

El maestro Alonso no se quedó blanco, porque es una lechuga.

Terminó la temporada castellana en el Tivoli con un incidente entre una tiple, su marido y un compositor.

Ha comenzado la temporada del lírico catalán con una bronca entre un autor, su mujer y la tercera persona del singular... escritor.

Para que luego digan las gacetas de contaduría aquello de "en el aristocrático coliseo de la calle de Caspe"...

En el Edén hacen una revista espiritista.

Uno de los números debe ser la danza de los veladores.

Casimiro Giralt, de regreso de Oriente, se ha quedado en Italia para dar unas representaciones de "Mujeres y flores de España".

Nada, que se nos ha hecho internacional, como Zamora.

Se estrenó "La Marieta de l'ull viu" en el Tivoli.

Hablaron los autores Morera y Mántua y el director de la compañía, Llimona.

Muy discreto.

En el Apolo actúa una artista que se llama Esterlina.

Para pagarla, el empresario tendrá que enterarse de las cotizaciones de Bolsa.

Algunos críticos teatrales atribuyen la obra "Mi pobre muñeca", estrenada por Vilches en el Goya, a Carmen de Burgos Colombine. Otro habla de M. de Burgos, sin comprometerse a decir quién es.

Como no es cosa de mandarlos a la escuela, les aclararemos que Carmen de Burgos tiene una hija que se llama María Alvarez de Burgos, que es actriz y también escribe.

Y "Mi pobre muñeca" es de María Alvarez de Burgos.

¿Se enteran ustedes?

Pues ahora que están ustedes enterados les diremos que anda por el mundo un autor argentino llamado Cassó, que afirma que "Mi pobre muñeca" es suya, y que María Alvarez de Burgos se la apropió tranquilamente.

A nosotros no nos gustan líos, pero lo contamos por si acaso.

EL ESCANDALO

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona

REDACCIÓN
Y ADMINISTRACIÓN

Calle del Olmo, 8

BARCELONA

¡SE ACABO!

Lo de Berta Singermann

Hemos recibido una carta de José María de Sagarra, buen amigo nuestro y poeta para el que tenemos todas las admiraciones.

En ella afirma Sagarra que no ha escrito una línea en "La Publicitat" acerca de Berta Singermann; que no ha emitido juicio—que se reserva—acerca de esta señora, limitándose a presentarla; y que no ha pronunciado la frase "Es una ximple, aquesta dona", que le atribuíamos.

Queda complacido el amigo Sagarra en lo sustancial, ya que no podemos complacerle por entero.

A él le interesa que conste lo que acabamos de transcribir, y nosotros no somos capaces de negarle un favor a un amigo.

Ahora, que no podemos tampoco desautorizar a un compañero, que, aunque sea un redactor anónimo, tiene una personalidad que asusta y también es respetable.

Comprendemos que hay situaciones difíciles y cosas que no son sencillas de arreglar.

Por lo mismo, dejemos las cosas donde están.

El suelto que publicamos, la rectificación de Sagarra, que es amigo, y a salvo la personalidad del redactor del suelto tan comentado, que es—el redactor—persona seria, de talento y de la casa. Con lo cual todos quedamos bien.

Es decir, si Gómez Hidalgo y Araquistain no quieren también rectificar.

La cuestión es pasar el rato.

(Final de las páginas centrales).

—¡No, no!—exclamamos.

—Es que lo he de sacar de la cama para limpiarlo.

—Si es así...

El sirviente coge al niño en brazos y lo deja en el suelo, sobre las baldosas. Sobre unos pies de un tamaño inconcebible para aquel ser, y sobre unas piernas más delgadas que el más delgado de los brazos, se sostenía un cuerpo disforme. Hundido el pecho y hundida la espalda podían contársele las costillas.

Un pequeño monstruo.

Lloraba aquella pobre criatura, como si le asustáramos nosotros, como si se encontrara en otro mundo...

—¿Habla?

—Ni una palabra.

—¿Y siempre está en la cama?

—No. Este es también de los que vive y pronto, seguramente, le veremos jugando en el patio.

—¿Cómo se llama?

—José Santamans.

—Todos esos niños que usted ha visto—me dice el fraile—son epilépticos. Las taras hereditarias, la falta de desarrollo, la meningitis, son lo que causan tantos estragos.

—Vamos, vamos—rogamos al fraile.

Los sucios

Sigamos rodando por ese infierno. Estamos en el departamento de los sucios. No hay que aclarar, el calificativo es lo suficientemente expresivo, que esos enfermos son los que están en pleno estado de inconsciencia.

Hay que limpiarlos siempre. Ese departamento parece un antro del distrito V. Aquel aspecto casi agradable, confortador de preferencia, ha ido desapareciendo a medida que hemos llegado al corazón del manicomio. Esto no es aquello. Esto es otra cosa.

Aquí ya no hay sala de recreos, ni cartas, ni billares, ni piano. Aquí hay sucios, como allí están los epilépticos. Aquí, allí y un poco más allá, es donde impera, señora, la Locura. Aquí, allí y un poco más allá, están los locos, el pueblo o la plebe de esa sociedad de locos.

Gritan los locos en ese patio y en esta sala más que en ningún otro lado.

—Un cigarro, señor, un cigarro.

—Fuera, no hay cigarros—grita el fraile.

Alrededor de una estufa sin fuego hay siete enfermos. Aseguran que sienten frío y se calientan.

El fraile llama a un chiquillo de diez y ocho años:

—Cuenta a esos señores, por qué estás aquí.

El muchacho, balanceándose sin cesar, y haciendo un gran esfuerzo mental, nos explica que por haberle pegado

LAS MUJERES DE "EL ESCANDALO"



MAGDA MIRALLES

Cuando Magda Miralles baila, el lugar donde trenza sus danzas maravillosas se transforma por arte de encantamiento, convirtiéndose en un pedazo de la sublime tierra andaluza, y el aire se llena de armonías brujas, y un intenso aroma de azahar perfuma el ambiente, y se ve el oro del sol mezclarse al oro de la manzanilla, y el repiqueteo de los palillos os llega al alma, y los retorcimientos sensuales de su cuerpo gitano os estremecen. Se oye una copla doliente y sentimental, después un suspiro de melancolía, y más tarde un rotundo ¡Viva tu madre!

el dueño de un horno de ladrillos, donde trabajaba, le quemó el horno.

—Fuí a mi casa—dice—y cogí dos cerillas. Una cerilla aún la guardo.

Como si nos relatara una película va recordando cuanto hizo él e hicieron otros después del incendio. Unos señores fueron a su casa y le dijeron que si él no iba al manicomio llevarían a su padre a la cárcel. Llorando, le pidió su madre que se dejara encerrar. Y él se dejó conducir al manicomio. Y cuando acababa de referirnos esto nos mira con expresión idiota.

—¿Y ocurrió como dice?

El fraile sonríe. Pregunto:

—¿Es verdad lo que nos ha contado?

—Verdad—me responde.

—¿Y ocurrió como dice?

—Efectivamente.

—¿Y cuántos años hace que está aquí?

—Cinco.

—Así, que entró teniendo trece años.

—Exacto.

—Y este chico ¿sabe cómo se llama?

—Sí.

Y lo llama. Pero ha desaparecido. Otro muchacho se encarga de buscarlo. Nos lo trae.

—¿Cómo te llamas?

—José Guri. Soy de Sabadell.

—Y yo me llamo Francisco Amargós—nos dice otro loco—y soy de San Justo.

—¿Y por qué estás aquí?

—Porque estoy loco.

—Oye: ¿Qué hago yo ahora?

Tenía en las manos las cuartillas y el lápiz. Amargós me mira fijamente, se pasa una mano por la frente, cierra los ojos y exclama:

—¡Letras!

—Yo me llamo Luis Fabre—me dice aún otro loco.

Nos rodean lo menos 25 o 30 individuos.

Cuando nos íbamos a marchar, se acerca un individuo y me dice:

—Buenas tardes. Usted debe buscarme a mí. Sí. Usted me busca a mí. Aquí estoy. Ya era hora de que viniera. porque usted por algo ha venido.

do aquí. Usted viene a quedarse. Sí. Usted viene a quedarse y yo me marchó. Esto de ser loco nos lo hemos de ir repartiendo. Así es que usted se queda y yo me marchó, porque usted por algo ha venido.

Me miraba fijamente. Los otros locos le miraban a él. Hablaba aprisa, sin interrumpirse, y decía con tanta seguridad que él se marchaba y yo me quedaba, que me olvidé de cuanto al manicomio me había llevado.

El fraile puso fin a la escena.

—El Zar de todas las Rusias—dijo al pasar por delante de un anciano que llevaba una condecoración.

El zar se llevó un dedo a los labios recabando discreción. No pronunció una sola palabra.

Los furiosos

De los furiosos vimos los departamentos. Era ya tarde. Tienen sus camas en unas grandiosísimas salas. Quizás tienen el departamento más limpio y más cuidado del manicomio.

Preguntamos al fraile:

—¿Hay necesidad de aplicarles con frecuencia la camisa de fuerza?

—Los hay peligrosos. Los cambios de luna y el verano los pone insoportables. Y es necesario, naturalmente, reducirlos.

—¿Les atan en las camas?

—Si hay necesidad, sí, hasta que se calman.

—Y están aislados de todos, ¿verdad?

—Claro, como están aislados entre sí, los diferentes grupos.

Nuestra visita se ha prolongado más de lo que suponíamos. Tañen unas campanas, y el día va declinando. Salimos a un gran jardín que nos hace olvidar por unos instantes que nos hallamos en un manicomio. Por él se pasean unos "hermanos".

—¿Y los locos no pasean por aquí?

—También.

—¿Todos? Porque esto es muy agradable.

—Mire usted, precisamente por allí vienen dos con el médico.

Y cruzamos con unos jóvenes que nos saludan con gran corrección. Uno de ellos, vestido de negro, con unos lentes, elegante, simpático, entretiene a los otros con su charla.

—¿Es el médico este que habla?

—Es un loco.

Llegamos de nuevo al vestíbulo. Hemos visto mucho, pero es imposible en unas horas ver un manicomio. No vimos los calabozos, ni la huerta, ni hablamos con ningún furioso. Era tarde. Nos despedimos del fraile que tan correcto y tan amable nos hizo los honores de la casa.

Salimos a la calle, y respiramos a pleno pulmón. Detrás de nosotros quedaban unos cientos de hombres sin esperanza y sin redención. Quedaban los locos, en su mundo. Quedaban aquellos niños víctimas de las culpas de otros. Quedaba el drama conseguido.

Quedaba detrás del manicomio, la entrada del cementerio de San Baudilio. Cuando los locos pobres mueren, no hay necesidad de pasear el cadáver por la población. Una verja de madera se abre al final del manicomio y a veinte pasos hay una magnífica fosa común adonde van a parar los que ya estaban fuera del mundo cuando perdieron la razón.

Un auto nos condujo a Barcelona. Además de las notas recogidas en el manicomio de hombres, llevábamos las recogidas en el manicomio de mujeres. Guardamos éstas para otra ocasión. Es mucho dolor el que hemos vertido hoy en estas cuartillas, para aumentarlo con otro relato más escalofriante. En la vida, el guíñol no tiene final.